

El Concilio de Juan y Pablo

Alfredo Verdoy

Sin que nos hayamos dado cuenta, han pasado cincuenta años desde que comenzara el Concilio Vaticano II. En estos cincuenta años, coyuntura relativamente corta en la larga marcha de la Iglesia y del mundo, la humanidad entera ha visto cómo sus fronteras mentales, espirituales y físicas se han reducido. En la década de los sesenta del siglo pasado se terminó con el colonialismo. En la de los setenta el estado de bienestar se fue lentamente imponiendo en el mundo occidental y en los nuevos países emergentes; con todo, los setenta se despertaron en más de una ocasión con el anuncio de graves crisis económicas sobrevenidas por la especulación y el dominio de la energía. En la década de los ochenta, el mundo occidental y su estilo de vida no sólo acabaron imponiéndose en los nuevos países del postcolonialismo sino que derribaron la muralla del telón de acero del mundo comunista; en la de los noventa, aun cuando comenzaban a acecharse los inicios del fundamentalismo islámico y los comienzos de la postmodernidad, el mundo vivió una larga década de paz y prosperidad.

Sin embargo, con la llegada del nuevo siglo todo pareció derrumbarse. Los países emergentes en su debilidad y al hilo de la globalización se hicieron fuertes y omnipresentes: los campos de refugiados, el movimiento masivo de migrantes, la cultura de la patera y del riesgo, acabaron no solo invadiendo el primer mundo sino advirtiéndole a éste, como nunca había sucedido, de que debía crecer en generosidad y compartir sus bienes, privilegios y oportunidades con los desheredados del mundo entero.

Al movimiento masivo de migrantes le acompañó, por una parte, un cierto fundamentalismo defensivo y, por otra, le explotó la siembra de la postmodernidad. Una nueva cultura, sin fronteras definidas entre el bien y el mal, daba paso a un creciente relativismo y a una manera muy peculiar, muy ensimismada, de entenderse y comprenderse el ser humano. Los valores religiosos, compañeros imprescindibles de la raza humana, parecieron desvanecerse, lo que se tradujo en que todo lo referente al mundo de la religión y de la moral daba un poco igual.

Hoy, para más inri y para maldición de buena parte de la humanidad, cincuenta años después de la solemne inauguración del Concilio Vaticano, el mundo no acaba de hacer suyos ni el diagnóstico ni las consecuencias de la grave crisis económica, social y moral que estamos sufriendo.

En suma, lo que desde el punto de vista del futuro de la civilización occidental comenzaba hace cincuenta años siendo algo más que prometedor se ha transmutado, en el mejor de los casos, en una situación preocupante, carente de esperanza y con un incierto futuro por delante.

Si echamos un vistazo a la situación de la Iglesia católica y al estado de las confesiones cristianas, nos vemos obligados a reconocer que también en el seno de la Iglesia católica y en el mundo de los cristianos reformados se está atravesando por una larga y, tal vez, profunda crisis. La cultura religiosa, la cultura de entraña y matriz cristiana y católica –pese a que en el *Anuario de la Iglesia Católica* nunca se han contabilizado más católicos que en su última entrega– ha dejado de tener la influencia que por su elevado número de bautizados debería tener. Los actuales modos de vida bien se hacen a espaldas del credo religioso, bien en su contra.

Nosotros, hijos de la Iglesia católica y nacidos a la vida consciente cuando el Concilio echaba a andar, queremos seguir haciendo nuestros los deseos de los dos grandes papas del Concilio.

El Concilio de Juan y Pablo

Con Juan XXIII confiamos más que nunca en la acción del Espíritu Santo; más aún, pensamos que el mundo está más preparado que nunca para que dentro de él acontezca un nuevo Pentecostés, para que se construya para siempre la fraternidad católica y para que el mundo y la Iglesia den *un balzo innanzi* (un salto hacia adelante), un salto sin vuelta atrás en el camino señalado hace dos mil años por el salvador del mundo, Jesucristo. Con Pablo VI hacemos del diálogo, del perdón, del entendimiento de toda causa humana el único camino posible para la implantación del Reino de Dios.

RAZÓN Y FE, protagonista a su manera durante el Concilio y post-concilio, no podía dejar de estar presente en esta ocasión. En un esfuerzo de síntesis y de comunión eclesial presentamos un monográfico sobre el Vaticano II.

Consta de tres partes distintas y a la vez complementarias. En la primera, ofrecemos a nuestros lectores un pórtico y una sugestiva pieza de gran sabor humano y teológico, con el objetivo de enmarcar y contextualizar las cuatro constituciones del pastoral Concilio Vaticano II; en la segunda parte, muy unida con la precedente, aparecen una serie de reflexiones que son a la vez comentarios y valoraciones actuales sobre las grandes aportaciones y preocupaciones del Vaticano II, tales como la liturgia, el diálogo interreligioso, la libertad religiosa o el papel de los laicos. La tercera y última parte, precedida por una entrevista hecha a uno de los más cualificados conocedores del espíritu del Vaticano II, recoge un puñado de remembranzas y evocaciones de lo que para hombres y mujeres de nuestros días supuso y está suponiendo el Concilio de Juan y Pablo.

ALFREDO VERDOY, SJ
Director de *Razón y Fe*